

Irene Vallejo (1979): fragmento sobre «Acoso escolar y ley del silencio» (a partir de 9:55 min), de la entrevista «Una declaración de amor a los libros. Irene Vallejo, escritora», publicado en el canal Aprendemos juntos 2030 (BBVA y El País, 8-7-2020)

Audio transcrito desde [Fonoteca digital APEQ 95](#)

«Y, bueno, yo también tengo mi pequeña historia, un recuerdo de un momento terrible en el que los libros me ayudaron a salir adelante. Cuando yo estaba en el colegio, sufrí esa experiencia, el acoso, y la recuerdo, la recuerdo con absoluta claridad. Primero porque faltaba la palabra, entonces no lo llamábamos acoso, ni siquiera teníamos un término que explicase claramente en qué consistía esa situación o que diera la medida de su gravedad.

Yo recuerdo que decía a los mayores en el colegio se rían de mí o en el colegio me pegan y todos le quitaban importancia. Bueno, son cosas de niños, esto también me sucedió a mí, nos ha pasado a todos. Y, sin embargo, yo sabía que no, que lo que a mí me estaba sucediendo no les pasaba a todos.

El grupo me había dejado fuera, no tenía la protección de nadie, no había ninguna persona que se pusiera de mi parte, me habían dejado sola, aislada. Y yo recuerdo ese dolor, esa sensación profunda de exclusión, esa unanimidad por la que a nadie parecía importarle los insultos, las humillaciones. Y, a pesar de todo, lo que recuerdo, por encima de todo, es el dolor de aquella **ley del silencio**.

Porque, entre los niños, lo peor que podías ser era un chivato. Era incluso peor chivarse a los mayores que pegar o ser cruel con un compañero. Y esa era la norma, no podías hablar a los adultos de lo que estaba sucediendo, no podías llamar a los mayores para que intervinieran y pusieran fin a la situación.

Yo, entonces, me lo creí, acepté que la única forma de dignidad que me quedaba era apretar los dientes, que no me vieran llorar y soportarlo todo. Incluso llegué a mentir, llegué a decir que los rasguños que me veían al llegar a casa me los hacía yo misma. Llegué a decir que había perdido las cosas que me quitaban y me escondían.

Todo por pensar que, si me resistía, si evitaba ser una chivata, al menos tendría una brizna de respeto por parte de mis compañeros. Pasados los años, comprendí el profundo error de haber aceptado esa ley del silencio. Y yo creo que **haber sido escritora ha sido, precisamente, una tardía rebelión contra ese silencio**.

Porque si he aprendido algo es que aquello que nos dicen que no debemos contar es, precisamente, lo que hace falta decir. Y buscando entre mis papeles de aquellos años, he encontrado un relato que escribí, un relato en el que estaba buscando las palabras con las que contar lo que me pasaba, intentar

explicármelo a mí misma y a los demás y curar las heridas. Es una historia en la que yo me imagino a mí misma como un explorador que llega a una isla desconocida y allí se encuentra con unos salvajes que la obligan a comerse unos alimentos repugnantes y asquerosos.

Y era la forma en la que yo estaba fabulando sobre lo que me sucedía en aquel momento, cómo llegaban aquellos que me acosaban y escupían en mi bocadillo y me obligaban a comérmelo. Y mediante esa historia, mediante esa trama en la que yo convertía en relato, convertía en aventura, convertía en ficción y desafío lo que me estaba sucediendo, encontraba los medios para fortalecerme y soportar la realidad. Y creo que es muy importante, también, cómo la escritura nos ayuda a expresarnos y **cómo la creatividad tiene la enorme energía de liberar la pena y de ayudarnos a encontrar los caminos por los que buscar el consuelo.**

Y por eso creo que ese momento, ese episodio de mi vida, ha sido esencial para convertirme en escritora. Y yo, como escritora, ahora, busco siempre esos espacios de silencio, **dar voz a quien no la tiene o a quien no se atreve a hablar.** Y creo que en ese episodio yo me convertí, de alguna manera, en la escritora que soy ahora.

Pero si desde este momento, desde el presente, pudiera hablar con mi yo de entonces, con aquella niña de ocho, nueve, diez años que sufría el acoso, le diría... Todo va a mejorar. Verás, el mundo es mucho más grande que el patio del colegio. Encontrarás personas que te comprendan, con las que identificarte, que aprecien tu creatividad, tu sensibilidad.

Pero, por supuesto, en aquel entonces me era imposible comunicarme con la persona que soy ahora. Y, sin embargo, esa voz, esa voz de ánimo, esa voz de esperanza, yo la escuché, y la escuché en los libros. Porque, por aquel entonces, me fascinaba Michael Ende, Robert Louis Stevenson, Jack London, Joseph Conrad... Y en aquellos libros yo descubría que había muchos mundos dentro del mundo, y muchas aventuras, y muchas posibilidades de futuro.

Yo salí de la espiral de la obsesión y, además, descubrí algo que fue esencial para mí en aquel momento. Y es que yo podía almacenar historias de aventuras, de belleza, dentro de mí, en mi habitación interior, y guardarlas allí para cuando granizaba afuera. Y ese hallazgo, yo creo que me salvó.

Los libros me ayudaron a mantener viva la esperanza. Y por eso estoy profundamente agradecida a lo que los libros hicieron por mí, que es lo que han hecho por muchísima gente a lo largo de los siglos, y creo que siguen haciendo todavía. Dar esperanza, ensanchar los horizontes y prometernos que, al final, habrá gente que nos escucha y que nos comprende, como nos escuchan y nos comprenden los autores de los libros.»